ALBÓ, Xavier, *Los Guaraní-Chiriguano. La Comunidad Hoy*. CIPCA, La Paz, 1990.

“Los Guaraní-Chiriguano” de Xavier Albó constituye el último volumen de una trilogía sobre esta etnia de Bolivia publicada por CIPCA (el primero es *Ñande Reko* de Bartolomeu Meliá y el segundo *Historia de un Pueblo* de Francisco Pifarré). Albó presenta una historia social y cultural de los últimos cien años de las comunidades Guaraní-chiriguano de Bolivia. En este libro, Albó realiza una descripción pormenorizada del sistema de liderazgo, el impacto de las haciendas, el estado y las organizaciones de desarrollo, los esfuerzos organizativos y la génesis de nuevas organizaciones indígenas. El punto de partida de Albó es la comunidad como eje central para el análisis de estos elementos.

El libro está dividido en once capítulos en los cuales Albó presenta una abundante y detallada descripción de la comunidad chiriguana; para esto recurre a una copiosa bibliografía, documentos sobre tramitación de tierra, documentos internos de las comunidades e historia oral. En las descripciones y análisis de los caciques, Albó presenta las genealogías de los líderes en gran detalle y aporta datos importantes y poco conocidos de la historia y etnografía de las comunidades chiriguanas. Albó esclarece las diferencias entre los guaraní-izoceños (habitantes del Izozo) y los ava-guaraní o chiriguanos (habitantes del piedemonte andino), diferencias no solo geográficas sino también organizativas e históricas que han causado confusión entre los estudiosos.

Albó esclarece la etimología del término chiriguano que algunos investigadores consideran de origen quechua (chiri: frío, guano: estiércol). Pero según los estudios de Thierry Saignes e Isabelle Combes el término chiriguana (hijos de mujer guaná, con hombre guaraní) definiría de una manera más correcta el origen étnico mestizo de este grupo. Los guaraní-chiriguano mismos no se identifican con este término y prefieren ser conocidos como ava, guaraní o en el caso del izozo como Izoceños. Albó reivindica el uso del término chiriguano, quitándole la connotación peyorativa.

Albó discute el rol del *mburuvisa* o capitán como intermediario entre la comunidad y la sociedad nacional y los conflictos que genera este vínculo. Albó discute el mandato de varios capitanes grandes pero no entra en detalle en cuales han sido las innovaciones introducidas por estos líderes y los mecanismos de aceptación del grupo de estos nuevos cambios. En este aspecto un análisis más pormenorizado del liderazgo de algunos capitanes como Santos Aireyu, o Bonifacio Barrientos esclarecería la influencia tan determinante que han tenido estos líderes.

Otro aspecto poco desarrollado por Albó es el tema de la conversión religiosa a sectas evangélicas. Si bien la introducción de sectas fundamentalistas puede ser visto como un elemento conflictivo y “disgregante” en la comunidad, como indica el autor, es preciso analizar qué significa espiritual y socialmente para los guaraní-chiriguano esta conversión, qué cambios ha producido a corto y largo plazo, cómo han sido resignificadas sus creencias y prácticas religiosas. El evangelismo contrario a lo que indica Albó no es un fenómeno reciente. En algunos casos, como ser el Izozo la presencia de misioneros evangélicos data de la década de 1920, y su labor ha sido más constante que la de los misioneros católicos.

Los aspectos más destacados de esta obra con su contextualización histórica y social, y la visión dinámica y cambiante de las instituciones y comunidades. Albó menciona las transformaciones de las autoridades y sus cargos y las crisis de poder. Albó siempre toma en cuenta que las organizaciones son flexibles y dinámicas. El surgimiento de nuevas capitanías y formas de organización redefiniendo las fronteras étnicas y el espacio de participación pública y política que aspiran los chiriguano como ciudadanos de la nación. En este aspecto Albó destaca la importancia que tiene la manera por la cual la autoridad, ya sea un mburuvisa o alcalde, articula las prácticas políticas con la comunidad, con la región y el país.

Albó indica que si bien el fortalecimiento de la capitanía se debe a un proceso interno de consolidación y resistencia también ha sido influenciada por agencias de desarrollo. Este punto es de gran importancia porque a través del libro Albó destaca la constante interacción entre el grupo y agentes externos, sea el estado, los hacendados o las organizaciones de desarrollo.

En la conclusión Albó puntualiza la importancia del fortalecimiento de la identidad en la creación de un proyecto político colectivo. La posición de Albó ha demostrado ser acertada al proponer la construcción de un estado plurinacional que garantice los derechos tanto humanos como culturales de las culturas que lo componen. “La Comunidad Hoy” constituye una visión dinámica de la comunidad, sujeta a cambios, tensiones y fluctuaciones desde ecológicas y territoriales hasta políticas y sociales. Este libro constituye un gran aporte al conocimiento actual de los guaraní-chiriguano.

Silvia MARÍA HIRSCH
The College of New Jersey
Estados Unidos

Bibliografías de Historia de España. N.º 8: La crisis del 98. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Información y Documentación Científica (CINDOC), 1998. xvi + 279 págs.

Vaya por delante que saludo la intención, reconozco el esfuerzo, y valoro el resultado de esta bibliografía. Siempre viene bien poder dirigir los pasos de un estudiante o investigador novel hacia una bibliografía ya impresa sobre cualquier tema, y más sobre un tema como éste que presenta vertientes internacionales inex-

R. I., 1998, n.º 214

cusables y difíciles de abordar sin un gran esfuerzo. Supone un enorme ahorro de tiempo, permite formar rápidamente una idea general del volumen y de las líneas maestras de lo impreso sobre el tema, y ayuda a discernir lagunas, olvidos, o silencios historiográficos. Esta bibliografía ofrece 2.094 referencias de 'la producción impresa, fuentes e historiografía... documentos oficiales, libros, compilaciones, actas de Congresos, tesis y artículos de revistas' relacionados con la crisis española de 1898. Efectivamente, contiene mucha información, la mayor parte de ella es relevante al tema, y los registros están presentados con bastante rigor a nivel individual. En suma, estamos ante una herramienta de trabajo útil y por lo tanto válido.

Sin embargo, resulta decepcionante comprobar que no es todo lo útil que cabría esperar de un organismo dedicado precisamente a la Información y Documentación Científica. De hecho, esta bibliografía requiere un trabajo bastante intenso por parte del usuario para exprimir y aprovechar sus jugos, y me temo que queda disminuída gran parte del valor potencial de la recopilación.

Se entiende que la bibliografía científica ha de ser algo más que un listado, más o menos ordenado, más o menos correcto, de referencias bibliográficas. Ha de establecer y seguir escrupulosamente unos criterios rigurosamente definidos y explicados en cuanto a forma, objeto de estudio, y contenidos. Ha de organizar sus materiales de un modo coherente, y cuando los solapamientos temáticos lo exigen, realizar una labor de referencias cruzadas, bien dentro de cada apartado, bien a través de unos índices analíticos detallados. Ha de facilitar el acceso del investigador a las publicaciones existentes sobre la materia elegida, guiándole certera y exactamente no sólo en los grandes temas abordados de modo insistente por la historiografía, sino hacia los títulos que puedan interesar para el estudio de temas más específicos. En definitiva, una bibliografía científica debe reflejar una labor intelectual, explicada en una introducción sobre fuentes, métodos y criterios, que evidencie un amplio conocimiento tanto del mundo de los repertorios bibliográficos como de la temática en cuestión, y que dé cumplidas explicaciones en torno a los siempre espinosos problemas de definición del objeto de estudio, y criterios de selección y organización de los materiales.

La ejecución de muchas de estas tareas se ha visto facilitada y perfeccionada gracias a la tecnología informática. Sin embargo, las bases de datos están limitadas por el diseño de sus campos y, a fin de cuentas, por el factor humano a la hora de alimentarlos. En el mundo hispanoparlante todavía estamos a falta de un buen tesoro de descriptores, utilizado de manera generalizada en bibliotecas y centros de documentación. La Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional ha diseñado uno muy completo, cuya difusión podría suponer un gran adelanto en términos de organización, clarificación, homogeneización, internacionalización, y por lo tanto, capacidad de recuperación de referencias bibliográficas. Mientras tanto, impera la improvisación. Después, en el proceso de alimentación de una base de datos entran otros elementos difíciles de controlar, pero en los cuales juegan un papel fundamental la preparación, la capacidad de discriminación, y los conocimientos de la materia en cuestión.

En cuanto a aspectos formales, este libro presenta erratas de diversos tipos. Las menos importantes, pero irritantes, son los descuidos ortográficos en los tex-

tos preliminares: 'Roosvelt' (p. viii), 'Gerra' e 'inegables' (p. ix), 'mejo' y 'biddireccional' (p. xiii). En cambio, las erratas en los títulos de trabajos en idiomas extranjeros, ya en la bibliografía propiamente dicha, se mantienen dentro de unos niveles razonables, lo cual habla en favor del cuidado con el cual se está construyendo la base de datos del CINDOC. La opción a favor del formato en mayúsculas se ha aprovechado para eliminar todos los acentos, aconsejable quizás en la confección de una base de datos proyectada con vistas a la posible exportación de sus registros, pero indudablemente perdiendo en exactitud para una versión impresa. Ahora bien, en la presentación de las referencias de autores estadounidenses o ingleses, no es de recibo que en una base de datos que se estila 'científica' se desconozcan las normas de los países de habla inglesa en materia de nombres y apellidos. Así encontramos no sólo los siguientes errores: Clarke Musgrave, George (1203); Black Atkins, John (1614); Ellsworth Wood, Elmer (1763); sino que algunos autores figuran (con la misma o con diferentes obras) de dos maneras distintas: por ejemplo, Flagg Bemis, Samuel (1874) y, correctamente, Bemis, Samuel Flagg (1846); Barr Chidsey, Donald (1609) y, correctamente, Chidsey, Donald Barr (1636); Bronson Lea, George (100) y, correctamente Rea, George Bronson (1121, 2017). Algunos nombres y títulos inevitablemente contienen erratas, como O'Connor, Nancy Leonore (sic: Lenore) (1741); Reid, Whitelow (sic: Whitelaw) (1763); Brow (sic: Brown), Charles (1849); Ciplijauskaité, Biruto (sic: Biruté) (399, 400), y en bastantes registros no se da el nombre completo. La traducción al español de títulos en idiomas extranjeros sin duda es una excelente ayuda, pero hay errores, algunos de matiz pero otros no tanto; como es el caso del clásico libro de Beisner, *Twelve Against Empire. The Anti-Imperialists, 1898-1900*, que en lugar de 'Doce [hombres] contra el imperio' es traducido como 'El imperio doce años después' (1845).

Sobre fuentes y método de búsqueda, o sobre el reconocimiento debido a otros trabajos bibliográficos relevantes, no hay una palabra. Por lo tanto, el investigador que no sepa nada sobre la creación y el carácter de las bases del CINDOC, no puede saber hasta dónde se ha llegado, qué recursos se han utilizado, o si puede merecer la pena acudir a otros repertorios. Sin ir más lejos, y para establecer unas simples comparaciones numéricas, resulta que la obra de Louis Pérez, Jr., *Cuba between Empires, 1878-1902* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983) contiene cerca de mil registros en su bibliografía final de impresos, mientras que *La nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. (Eds. C. Naranjo, M.A. Puig-Samper, y L.M. García Mora. Madrid, Doce Calles, 1996) contiene, además de los 59 artículos que publica (citados en esta recopilación), una bibliografía final cuyo volumen ronda los 1.400 títulos. Por mencionar sólo algunas compilaciones importantes no recogidas en este libro, se deben citar al menos: David F. Trask, Michael C. Meyer, y Roger R. Trask, eds., *A Bibliography of United States-Latin American Relations since 1810*. Lincoln, Neb., University of Nebraska Press, 1968, y su *Supplement*, editado por Michael Meyer. Lincoln, Neb., University of Nebraska Press, 1979; Lewis Lyman Gould, y Craig H. Roell, *William McKinley: A Bibliography*. (Westport, Conn., Meckler, 1988); y Anne Cipriano Venzon, *The Spanish-American War. An Annotated Bibliography*. (New York, Garland, 1990). En fin, no se trata de agotar las posibilidades, sino

simplemente de constatar, mediante unas rápidas comprobaciones que las mencionadas obras contienen numerosos títulos relevantes a la temática que faltan en la recopilación que comentamos. Estas omisiones se habrían podido evitar con un esfuerzo por diseñar y realizar una búsqueda sistemática de información para este tema concreto, tanto a través de repertorios especializados como utilizando el acceso a información bibliográfica disponible vía Internet.

La organización interna de las bibliografías es uno de los desafíos que más pone a prueba los conocimientos de sus creadores. Hay criterios para todos los gustos y muchos pueden ser válidos. En la valoración de su mayor o menor fortuna se debe plantear si los criterios utilizados sirven los propósitos generales de toda bibliografía y los particulares del objeto de estudio elegido. Esta compilación tiene seis grandes secciones: España en torno al 98; Cuba; Puerto Rico; Filipinas; La guerra hispano-norteamericana; y Estados Unidos. Política exterior e intervencionismo. Dentro de cada sección se presentan los títulos, por orden alfabético de autor, en varios sub-apartados temáticos.

Teniendo en cuenta que el libro incluye un índice alfabético de autores al final, habría aportado un valor añadido para el investigador aplicar en el *corpus* principal un criterio diferente, por ejemplo, el cronológico de publicación. Tal criterio habría permitido seguir las pautas de evolución de la historiografía, lo cual tiene evidentes ventajas a la hora de plantearse influencias, tendencias, primicias documentales o interpretativas, y otras facetas de la labor historiográfica, o de las reflexiones sobre ella. Además, habría respondido muy bien a uno de los propósitos de esta recopilación, facilitando la evaluación de la historiografía de estos cien años, mediante la periodización y la contextualización histórica de su producción.

Al nivel de los sub-apartados crece la confusión, empezando por el hecho de que el sumario del libro (p. v) no corresponde plenamente con la tabla de clasificación que aparece en la 'Introducción' (p. xvi); ni tampoco con el enunciado de los sub-apartados dentro del propio *corpus* (p.ej. en el Sumario, aparece sólo 'España: Política colonial de la Restauración'; en la Introducción, aparecen dos sub-apartados, 'Política colonial de la Restauración' y 'Relaciones internacionales y opinión pública'; en el *corpus*, p. 9, aparece: 'Política colonial de la Restauración. Relaciones internacionales y opinión pública.'). En cualquier caso, y sin entrar en la cuestionable asignación de 'opinión pública' a una asociación especial con 'relaciones internacionales', enmascarando con ello su papel primordial como manifestación de la política doméstica, creo que habría sido claramente aconsejable crear un sub-apartado propio para la temática de opinión pública y prensa, por el volumen importante de publicaciones existentes sobre esta materia.

También resulta difícil entender qué criterios pudieron llevar a los compiladores a juntar en un solo sub-apartado 'ejército, sociedad, economía y sanidad', con el agravante de contar además con sub-apartados dedicados a 'acciones militares' dentro de las secciones sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas, y con una sección dedicada plenamente a la 'guerra hispano-norteamericana', gran parte de cuyos títulos se refiere concretamente a aspectos militares.

Personalmente, encuentro desafortunada la falta de un esfuerzo por distinguir el carácter de los materiales referidos. Así, las fuentes impresas primarias están mezcladas con las secundarias. En este sentido, resultan especialmente confusos

los sub-apartados dedicados a 'Historiografía, fuentes, memorias y biografías'. Como clasificación científica, deja mucho que desear un criterio que puede juntar un catálogo descriptivo de manuscritos sobre Filipinas en el Archivo del Palacio Real (52) con diversos trabajos biográficos sobre protagonistas de la crisis colonial, y con una obra sobre prensa y sociedad en España entre 1820 y 1936 (56). Tampoco están todos los que son. Abundan los trabajos biográficos, por ejemplo, sobre personajes de relevancia política, intelectual, militar, científica y social, que no están incluidos en este apartado. Es cierto que muchos aparecen en otros sub-apartados, lo cual sin duda era la mejor opción, teniendo en cuenta que la búsqueda de nombres propios en el índice de materias puede llevar al investigador a los personajes de su interés, pero ello hace que el apartado sobre 'biografías' no sólo sea supérfluo sino que induzca a confusión. Ahora bien, la decepción mayor de este sub-apartado, prometiendo como promete una relación de 'fuentes', e incluso recalcando 'memorias', es que de hecho no se acerca ni de lejos a presentarnos, reunidas como tales, las importantes fuentes primarias, impresas bien en torno a 1898 o bien más tarde, escritas por numerosos protagonistas y testigos, españoles y extranjeros, de esta crisis colonial e internacional. Están diseminadas por toda la obra, sin otra posible estrategia de búsqueda que la lectura de sus 2.094 registros.

En realidad, todo esto pone de manifiesto la enorme dificultad que entraña cualquier intento de combinar más de un criterio de organización de los materiales de una bibliografía impresa. De hecho, en un trabajo grande se impone la economía, y exige evitar la duplicación de referencias. Resulta ser casi incompatible con esta exigencia la combinación de criterios geográficos, temáticos, cronológicos, y tipológicos. Sin embargo, esa limitación tradicional se puede superar ampliamente mediante las bases de datos y otras técnicas informáticas, cuyo aprovechamiento lógico para obras de referencia impresas, a mi parecer, es a través de la confección de uno o varios índices, extensos y detallados, que abarquen todas las posibles búsquedas que pueda desear realizar el investigador. Esto aconseja estructurar el *corpus* bibliográfico entero de acuerdo con un solo criterio de clasificación, a poder ser que combine la estricta necesidad de orden con alguna utilidad informativa o analítica añadida. Así, sería aconsejable contemplar las subdivisiones internas sólo en el caso de repertorios que pretendan abarcar temas muy bien delimitados, cuya literatura apenas o nunca se solapa, lo cual no es el caso que nos ocupa.

En esta recopilación los apartados son de una utilidad relativa, pero aun así se habría podido subsanar cualquier fallo o problema de clasificación a través de la confección de unos índices mejores. No puede considerarse como mínimamente estudiado o científicamente válido, en vista de la temática y las preocupaciones actuales de la historiografía sobre la crisis de 1898, un índice 'temático' (Sumario) o 'de identificadores' (Introducción) que NO contenga determinadas palabras claves, como son nación, nacionalismo, imperio, (anti-)imperialismo, colonia, colonialismo, autonomía, autonomismo, reconcentración, negros, africanos, mam-bí(ses), raza, racismo, ejército, tropas, soldados, quintas, prófugos, desertores, repatriados, militar(es), armada, marina, bloqueo naval, Iglesia católica, masonería, prensa, periodista/mo, opinión pública, socialismo, anarquismo, regeneración(ismo), medicina, sanidad, salud, enfermedad, higiene, comercio, alimentos, tabaco, (caña de) azúcar, y muchos otros que podrían ser de interés. He visto, por

ejemplo, dos trabajos sobre judíos (1595, 1710), pero la consulta del índice de esta recopilación no facilitaría su hallazgo al investigador, quien se vería precisado a realizar la paciente lectura de todos los títulos, uno a uno. En definitiva, el índice es muy deficiente a la vista de la enorme riqueza que encierra el *corpus* bibliográfico para un análisis temático.

En fin, ésta no es una investigación bibliográfica definitiva sobre la crisis colonial española de 1898, ni mucho menos sobre todos los temas surgidos en el 'período que va desde el grito de Baire al Tratado de París, así como las consecuencias que la derrota española, y la política intervencionista de Estados Unidos tuvieron en los primeros años del siglo, para Cuba, Puerto Rico y Filipinas' (p. xv), pero evidentemente es una ayuda positiva, y como tal se puede utilizar y valorar en su justa medida. Me consta que es excelente por su volumen y calidad de la información bibliográfica contenida en la base de datos del CINDOC. Es una lástima que la presentación, organización e indización de este libro no le hayan hecho justicia.

Sylvia L. HILTON.

CUETO, Marcos, (editor), *Salud, cultura y sociedad en América Latina: nuevas perspectivas históricas*, Lima, IEP/Organización Panamericana de la Salud, 1966.- (Estudios Históricos, 20), 253 pp.

Como resultado de un acuerdo de colaboración entre la Organización Panamericana de la Salud y el Instituto de Estudios Peruanos se ha editado este libro con el objetivo de ofrecer nuevos elementos de análisis y de reflexión a quienes se interesan por los problemas de la salud pública en un continente azotado aún por graves deficiencias sanitarias.

Se reúnen en él las aportaciones de un conjunto de 9 especialistas de diversos países americanos, fundamentalmente de Brasil (3), Estados Unidos (2), Perú (1), Colombia (1), Argentina (1) y México (1). Estos autores abordan temas importantes de las interrelaciones del binomio salud/sociedad a lo largo de la historia de la América latina contemporánea como son el impacto y las percepciones de las enfermedades colectivas y las políticas sociales relacionadas con la salud pública e individual.

El libro, y este es uno de los méritos, tiene una doble orientación, analítica y didáctica.

En él se ofrecen numerosos elementos para trazar una misión renovada de la historia de la salud pública, desde nuevas perspectivas historiográficas y metodológicas, como subraya el coordinador del libro Marcos Cueto en su denso estudio introductorio.

Dos de los trabajos siguen en efecto propuestas constructivistas de la sociología del conocimiento científico, según las cuales los hechos científicos no se descubren en la naturaleza sino que se construyen socialmente a través de complejas

R. I., 1998, n.º 214

negociaciones en los laboratorios. De esta manera los contenidos de los saberes científicos son el resultado de una serie de condiciones histórico-sociales. El investigador brasileño Jaime Benchimol, adaptando inteligentemente instrumentos analíticos del sociólogo y antropólogo de las ciencias Bruno Latour estudia en su texto titulado “Domingos José Freire y los comienzos de la bacteriología en Brasil” las controversias que se suscitaron en la ciudad de Río de Janeiro a fines del siglo XIX en torno a las causas y el control de la fiebre amarilla. Usando una original fuente primaria, como es la prensa no especializada, examina el modo que adoptó la revolución pasteuriana en uno de los escenarios periféricos. Por su parte la colombiana Diana Obregón en su texto “De 'árbol maldito' a 'enfermedad curable': los médicos y la construcción de la lepra en Colombia, 1884-1939”, partiendo de su interés epistemológico en mostrar cómo los conceptos de salud y enfermedad son producidos socialmente, desentraña cómo esa enfermedad se convirtió en un objeto de conocimiento médico. Su tesis es que en una primera fase los médicos colombianos para incrementar su poder profesional “redescubrieron” la lepra y exageraron su gravedad, usando una retórica llena de consideraciones nacionalistas. Pero a partir de la década de 1920, como consecuencia de nuevas necesidades sociales y políticas, los médicos colombianos desdramatizaron la importancia de la enfermedad, combatieron la imagen que Colombia había adquirido como “país leproso” y adaptaron una actitud confiada en su manejo poniendo el énfasis en la suficiencia de la adopción de medidas preventivas. Colaboraron de esta manera a dar una imagen positiva del país y de su gente para favorecer la participación colombiana en el mercado mundial cuando ese país se estaba convirtiendo en uno de los grandes exportadores de café.

De estas aportaciones se deduce que los médicos latino americanos a lo largo de la época contemporánea han experimentado una constante tensión entre atender a las necesidades locales, de donde derivaba su legitimidad, y sus propios deseos de ser parte del “centro” del conocimiento médico internacional. En el conocimiento de esta dialéctica y tensión entre nacionalismo e internacionalismo profundizan en particular dos contribuciones relacionadas con dos momentos significativos de la historia de la medicina y de la salud pública de Brasil.

Así la historiadora norteamericana Julyan Peard en su aportación “Medicina tropical en el Brasil del siglo XIX: la “Escuela Tropicalista Bahiana”, 1860-1890” muestra las razones por las que los miembros fundadores de esa escuela de origen europeo en su mayor parte, se convirtieron en una fuerza innovadora de la medicina brasileña a través de la creación de una estructura institucional. A pesar de no tener inicialmente apoyos económicos lograron que su actividad científica tuviese éxito debido a la concatenación de cuatro hechos. 1º) Supieron delimitar un campo de trabajo para los médicos brasileños centrado en el estudio de enfermedades específicas como el beriberi y la anquilostomiasis. 2º) Lograron llamar la atención sobre el hecho de que los médicos brasileños podían, usando métodos y técnicas procedentes de la medicina europea, hacer contribuciones importantes al patrimonio médico internacional mediante el desarrollo del conocimiento sobre las enfermedades de los trópicos. 3º) Ese conocimiento le sirvió para promover la idea de la maleabilidad y la adaptabilidad del hombre en los trópicos y por ende la posibilidad del progreso en el Brasil. 4º) Y sus doctrinas acerca del “progreso” y la

“ciencia” coincidieron con una agenda política en favor del cambio que se propagó a partir de la década de 1870 entre los sectores descontentos esparcidos por el imperio brasileño.

Por su parte las brasileñas Nísia Trindade Lima y Nara Britto en su trabajo “Salud y Nación: propuesta para el saneamiento rural. Un estudio de la revista 'Saúde' (1918-1919)” analizan en detalle la evolución de esa publicación, órgano oficial de divulgación de la Liga Prosaneamiento del Brasil, que a pesar de su corta vida tuvo un gran impacto en la sociedad brasileña. Tanto esa Liga como la revista Saúde fueron instrumentos de una gran campaña sanitarista que asoció el desarrollo social del Brasil con la necesidad del saneamiento rural. La originalidad de las autoras radica en mostrar las motivaciones nacionalistas subyacentes a esa gran campaña que centró su lucha contra las “tres grandes endemias rurales”: la anquilostomiasis, la enfermedad de Chagas y la malaria. En su opinión la selección de esas enfermedades como foco central de su intervención no ha de interpretarse como un hecho natural deducido del cuadro de morbilidad que había en el país. Al contrario hay que relacionarlo con un proyecto general nacionalista, fundado en una concepción ruralista del Brasil, según la cual la verdadera riqueza de ese país se encontraba en su suelo. De ahí que para los médicos e intelectuales que impulsaron ese movimiento sanitarista la construcción nacional del Brasil fuese una tarea que debía de basarse prioritariamente en la valoración de la vida y la salud de la población rural brasileña. Se autoconcebieron entonces como héroes civilizadores que podían rescatar el interior de su país y redescubrir el Brasil.

Otro de los méritos de esa obra colectiva es que da entrada en ella a otros actores sociales que participan de la construcción de la salud, diferentes a los que usualmente están presentes en la historia de la medicina. Así el argentino Diego Armús en su contribución “Salud y anarquía: la tuberculosis en el discurso libertario argentino, 1870-1940”, resalta que la tuberculosis formó parte del paisaje de Buenos Aires en el período en el que esta ciudad se convirtió en una de las grandes metrópolis de América del Sur y muestra cómo los anarquistas argentinos se enfrentaron a esa enfermedad pues participaron activamente al intervenir activamente en la elaboración de un discurso eugenésico en el que se debatieron ampliamente los problemas de la degeneración y la regeneración de la sociedad argentina. Y enfatiza cómo esa intervención fue ambivalente. Por una parte, la tuberculosis, considerada una enfermedad producida por las deficiencias del sistema social, sirvió a los anarquistas argentinos para criticar doctrinariamente las injusticias esenciales del capitalismo. Pero al mismo tiempo en sus propuestas concretas para afrontarla se observa que incorporaron el código higiénico dominante, desplegado eficazmente por los médicos sobre los habitantes de la ciudad para combatir el contagio de la tuberculosis. De modo que, si bien los anarquistas criticaron las imposiciones higiénicas alentadas desde el poder, también adoptaron una actitud de reverencia ante la ciencia y la higiene por tratarse de dos recursos disciplinadores que, bien utilizados, podían contribuir a lograr la armonía social prometida por la aurora libertaria. Así los libertarios, junto a otros reformadores sociales, ofrecieron a la sociedad de Buenos Aires nuevos estándares de higiene doméstica, orden y profilaxis. Pretendían con ello no sólo prevenir la enfermedad sino integrar también en las novedades del mundo urbano moderno a los sectores populares y urbanos.

R. I., 1998, n.º 214

Un último bloque de contribuciones afronta el análisis de momentos significativos de la historia de la salud pública latinoamericana.

Así la mexicana Lilia V. Oliver en su trabajo "El cólera y los barrios de Guadalajara en 1833 y en 1850" compara el impacto demográfico que tuvieron esas dos epidemias en la tercera población de México y estudia las medidas sanitarias que se adoptaron para combatirlas. Tal estudio le permite sostener que fue a partir de la política sanitaria que se adoptó para prevenir esos brotes epidémicos, tendente a controlar la contaminación ambiental y a promover la educación higiénica, que se reforzaron en México servicios municipales encargados de la higiene pública. Ese proceso de municipalización de la salud pública es el que constituye la primera etapa en el desarrollo de políticas sociales de salud en América latina.

Por su parte Marcos Cueto en "Los ciclos de la erradicación: la Fundación Rockefeller y la salud pública latinoamericana: 1918-1940" aborda dos cuestiones con una amplia visión regional y continental como lo demuestra el cuadro 1 con el que ilustra su trabajo en el que se recogen las asignaciones hechas en Latinoamérica por la división de salud internacional de la Fundación Rockefeller. Por un lado se enfrenta al complejo problema de cómo en esa época la América latina se convirtió en un área de experimentación de la erradicación de enfermedades, uno de los conceptos más ambiciosos y controvertidos de la salud pública moderna. Y por otra parte explica por qué fue la Fundación Rockefeller la que jugó un activo papel en el surgimiento y la aplicación de ese concepto de erradicación. La masiva intervención de esa fundación norteamericana para erradicar sucesivamente la anquilostomiasis, la fiebre amarilla y la malaria, tuvo importantes consecuencias en los sistemas de salud latinoamericanos en los que la influencia norteamericana sustituyó a la francesa. Esa nueva influencia norteamericana se concretó en: la organización de servicios independientes por enfermedad, la ampliación de los servicios de salud pública en las zonas rurales en donde hicieron su aparición las unidades de salud distritales y sobre todo la centralización de la autoridad sanitaria por el Estado. En efecto, la ayuda de la Fundación Rockefeller contribuyó a arrebatar a los municipios la autoridad en materia de salud pública, colocándola bajo supervisión del Estado.

A su vez la norteamericana Anne-Emanuelle Birn en su texto "Las unidades sanitarias: la Fundación Rockefeller versus el modelo Cárdenas en México" explora unos de los aspectos del desarrollo de esas unidades sanitarias locales que en los últimos cincuenta años se han convertido en una parte importante del sistema de salud pública en la mayoría de los países de América latina. Para ello analiza el despliegue de esas unidades de intervención en la sociedad mexicana durante la década de 1930 evaluando el papel que desempeñaron en su creación y sostenimiento la Fundación Rockefeller como el Departamento de Salud Pública del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940).

El libro, dadas sus pretensiones didácticas, concluye con una útil guía de programación de un curso de enseñanza sobre Historia de la Salud Pública de América Latina, elaborado por Marcos Cueto Anne-Emanuelle Birn, quienes acompañan las once sesiones en las que dividen ese curso con una interesante bibliografía. Es un buen complemento al resto de la obra, pues a lo largo de él lo que se pretende

es examinar el origen y evolución del cuidado de la salud para comprender mejor los problemas actuales que atraviesa la salud pública en América latina.

Esta obra es pues un primer esfuerzo para tener una visión integrada de la historia de la salud pública contemporánea en América latina, pero como reconoce el promotor del libro, aún quedan problemas por abordar. Convendría destacar tres. El primero se refiere a la ausencia en la obra del peso que pudo tener en los nuevos sistemas de la salud pública que se implantaron a lo largo del siglo XIX la herencia colonial, pues es conocido que entre los siglos XVI y XVIII en las colonias americanas de los países ibéricos surgió una extensa red de hospitales y poderosas escuelas médicas, particularmente en México, en las que se produjo un sincretismo entre saberes occidentales y conocimientos médicos autóctonos. El segundo a la escasa atención que se presta a la pervivencia en los siglos XIX y XX de los conocimientos médicos latinos y al esfuerzo que han desplegado bastantes médicos, particularmente en los países con una profunda tradición indígena como México, por rescatar parte de esos conocimientos e incorporarlos a sus prácticas terapéuticas. El tercero ya es un caso de historia del tiempo presente y alude a que hubiese convenido incorporar un análisis en profundidad del sistema de salud pública que se puso en pie en Cuba después de la Revolución de 1959 y que tantas ilusiones despertó en los años 70 y 80 entre los países del Tercer Mundo.

Pero en todo caso ese trabajo colectivo ofrece mucho al lector. Pistas y sugerencias por ejemplo para abordar relaciones entre diversas partes del planeta, como Asia y América, en el área de la salud. Es sabido por ejemplo de la gran pandemia de cólera que asoló a diversos países americanos en la década de 1830 se originó cuando la enfermedad salió de su hábitat natural en la India hacia 1817, pero es menos conocido como el aceite de Chaulmoogra, un remedio terapéutico usado tradicionalmente en la India para combatir la lepra, se difundió en la América latina durante el siglo XIX y fue usado en Colombia desde al menos 1881, según muestra Diana Obregón (p. 176).

Y sobre todo es un producto que puede ser útil en la defensa del derecho a la salud de todos, y en la ilustración del deber de promover la salud para todos.

Leoncio LÓPEZ-OCÓN
Centro de Estudios Históricos
CSIC. Madrid

DE PAZ SÁNCHEZ, Manuel, *Zona rebelde: La diplomacia española ante la revolución cubana (1957-1960)*, Centro de Cultura Popular Canaria, 1997, 401 pp.

El diecisiete de febrero de 1957, Fidel Castro no llevaba aún dos meses en la Sierra Maestra, y le seguían dieciocho compañeros. Ese día, tras gestiones previas orientadas por el mismo Fidel Castro, recibía en un paraje agreste de Los Chorros a uno de los más reputados e intelectualmente inquietos periodistas del *New York Times*, Herbert L. Matthews. Con la perspectiva de un año, el embajador de España

R. I., 1998, n.º 214

en La Habana, D. Juan Pablo Lojendio, comentaba, en un despacho del veintiuno de abril de 1958: «Herbert Matthews ha sido ... el verdadero creador del mito de Fidel Castro».

El veinte de enero de 1960, el propio embajador Lojendio irrumpía en los estudios de la televisión cubana, donde Fidel Castro estaba hablando, para protestar de las acusaciones que acababa de proferir, en su discurso, contra la representación diplomática española. Tan pronto como se apagaron los focos, en el mismo estudio, las autoridades cubanas decidieron la expulsión del embajador español que, al día siguiente, abandonaba Cuba.

Evoco estos dos episodios, que enmarcan el lapso temporal del libro de Manuel de Paz Sánchez, porque son muy expresivos de uno de los rasgos más característicos de la revolución cubana. La revolución se hizo ante los micrófonos, las cámaras y las grabadoras de los medios masivos de comunicación. Tuvo, desde el principio, una dimensión pública internacional, una audiencia que desbordaba, con mucho, el foro cubano de los acontecimientos. Y fue Fidel Castro, como consumado comunicador, quien decidió esta presencia *urbi et orbe* de la revolución.

Ello traza una de las coordenadas en que este libro se sitúa. Porque la plétora informativa de que ha gozado la revolución cubana no ha permitido una apreciación correcta de sus logros y fracasos, de sus palabras y su realidad. La revolución, desde su triunfo, fue un acontecimiento polémico. Al mismo tiempo que se empapelaban, místicamente, los muros de las ciudades europeas con las efigies de los líderes revolucionarios cubanos, en Cuba se iniciaba un goteo de deserciones y un exilio multitudinario, que daban fe de un régimen que actuaba como vencedor absoluto, un régimen radical. Y un giro más violento: la paloma que se posó sobre el hombro de Fidel Castro durante el discurso de su entrada en La Habana, un par de años después se confundía con la publicitaria paloma picassiana de la guerra fría.

Pero en aquellos tres años trepidantes de Cuba, de 1957 a 1960, las imágenes se superponían rápidamente, controvertidas, hasta contradictorias. Y eran multiplicadas por los medios masivos de opinión, según su propio interés u orientación, aumentando la confusión. Se acoge, por ello, con particular satisfacción, en su testimonio contemporáneo inmediato, en el lugar y en el tiempo, y esforzadamente objetivo y desapasionado, como el que nos trasmite el libro de Manuel de Paz Sánchez.

Su relato se atiene a un género muy clásico y prestigioso en la historiografía, el de las memorias e informes diplomáticos, pues se basa, casi exclusivamente, en las comunicaciones y despachos de la embajada de España en La Habana, completados con los de otras representaciones españolas, en puestos afectados por los acontecimientos de la revolución.

Por la propia naturaleza de su función y por su formación profesional, los embajadores suelen ser buenos informadores, y en ocasiones excelentes. En general, cuentan con larga y variada experiencia internacional. Su convivencia con el país de residencia les pone en contacto con miembros destacados de los distintos sectores de la sociedad local, lo que les brinda amplia y contrastada información. Les interesa poner en conocimiento de su gobierno los más significativos de los sucesos, dentro de la situación histórica -por eso, los despachos no pueden apre-

ciarse aisladamente, sino en su secuencia de un periodo. Y en relación con el Estado que acredita al embajador. Este esfuerzo de clarificación convierte los despachos en un ejercicio de reflexión profesional.

Era un tópico entre los diplomáticos de hace una generación, la frase de que escribían tanto como los periodistas, con la diferencia de que los periodistas cuentan con innumerables lectores, y los diplomáticos sólo con dos o tres compañeros destinados en el Ministerio. La verdad es que la diferencia es cualitativa y no cuantitativa. Los dos o tres compañeros del Ministerio son los que preparan las notas, que el ministro utiliza en el gobierno y ante la opinión pública. El interés primordial del periódico es conseguir su título de primera plana, el del despacho diplomático, transmitir la percepción correcta de la noticia.

Juan Pablo Lojendio, cuyas informaciones constituyen la fuente principal de esta obra, reunía las condiciones a que nos hemos referido, del embajador como informante. En 1957, llevaba veintisiete años de carrera, y cinco como embajador en La Habana. Durante su permanencia en esta ciudad, había conseguido descolgar, por su actividad multifacética, como uno de los más distinguidos embajadores que componían el cuerpo diplomático acreditado en Cuba. Había adquirido el estupendo edificio y parque, que todavía hoy, constituyen la residencia diplomática española. Había sido nombrado miembro de alguna de las academias cubanas. Había obtenido de la dictadura batistiana concesiones en favor de perseguidos políticos o en favor de España -conozco una gestión suya, con éxito, cerca del terrible sicario Masferrer. También obtendría concesiones, en 1959, de los jefes revolucionarios, la primera, por visita personal que hizo a Camilo Cienfuegos, por quien siempre manifestó simpatía.

La lectura de los pasajes de la correspondencia de Lojendio, transcritos por Manuel de Paz Sánchez, acreditan una redacción suelta y clara, sin pretensiones literarias, pero en la que el pensamiento se condensa eficazmente, con frecuencia, en pocas palabras. Una de las sorpresas de este libro es, así, comprobar la vigencia del viejo género de los despachos diplomáticos, cuando tantas cosas estaban cambiando en el mundo de la información y en el de las relaciones internacionales.

Una observación, obvia pero importante, para apreciar el valor y aportación de este libro, es atenernos al propósito que ha guiado al autor y que ha reflejado en el título: *Zona rebelde: la diplomacia española ante la revolución cubana (1957-1960)*. No se trata de una historia de la revolución, desde 1957 hasta 1960, y no se trata de las relaciones diplomáticas entre España y Cuba durante dichos años. Para ambos planteamientos, el libro ofrece un rico repertorio de datos, comentarios y juicios, que lo harán imprescindible en el futuro. Pero el asunto del libro es cómo vieron los representantes diplomáticos españoles la lucha revolucionaria contra Batista y el triunfo de la revolución. Incluso las primeras palabras del título, que pueden resultar enigmáticas, Zona rebelde, entiendo que quieren subrayar y transmitir esa impresión de provisionalidad e incertidumbre de los primeros tiempos de la revolución. De hecho, en el periódico Revolución, siguió apareciendo en el año 59 ese rótulo, para encabezar informaciones y editoriales, y de ahí debe haberlo tomado el autor.

Dada la naturaleza y relaciones internacionales del régimen de Franco, que nuestros diplomáticos representaban, hay materias que atraen especialmente su

atención. Me referiré, especialmente, a dos. Una, la actitud y evolución de la iglesia católica cubana que, por cierto, vuelve a ser de gran interés en este momento de Cuba. Era una iglesia muy española todavía, en su composición. En ella se encuadraba la mayor parte de la docencia privada del país y el movimiento incipiente de Acción Católica, propenso al activismo político.

La relación de la embajada de España en La Habana con el episcopado, el clero y la entidades religiosas y afines era asidua y regular. En los informes de Lojendio resuena el eco, heredado por la revolución, del encuadramiento de la iglesia cubana dentro del "falangismo", frente al republicanismo del exilio español, que contaba con simpatías en la sociedad cubana, sobre todo en la izquierda política. Se recogen en estos informes los escritos pastorales, que se van distanciando de la revolución, y la actuación, en un sentido u otro, de algunos clérigos frente al proceso revolucionario. Es significativo que los ataques de Fidel Castro a la representación española, que provocaron el incidente Lojendio, han sido atribuidos por los historiadores a la reunión que, el seis de enero, celebraron en la embajada española los superiores de las órdenes religiosas existentes en Cuba. La versión de Manuel de Paz Sánchez no confirma este juicio, pero tampoco desvirtúa el hecho de la animosidad con la que Fidel Castro veía la cercanía de la iglesia católica a la embajada española.

Otro asunto en que este libro se convertirá en fuente de consulta indispensable, es el relativo al ámbito geográfico en que la revolución se desarrolla: el mundo iberoamericano. A la gran conmoción que en él produjo la revolución cubana, se añadió la prioridad que este mundo ocupaba en la política exterior de Franco. Pocos son, por tanto, los representantes de España en Hispanoamérica que no aportan alguna contribución a la obra de Manuel de Paz Sánchez.

De manera sobresaliente, lo hizo el embajador español en la República Dominicana, que era el país más sensible a los sucesos de Cuba, por su cercanía geográfica y por la cercanía política que el presidente Trujillo mantuvo con el derrocado Batista. Se daba, por añadidura, la circunstancia de que nuestro embajador en la entonces llamada Ciudad Trujillo, era Alfredo Sánchez Bella, político de fuerza ascendente y no diplomático profesional, lleno de ideas, y que volcó su vocación informativa en el seguimiento de la revolución cubana, en todos sus aspectos. El desconcierto del inopinado arribo de Batista a la República Dominicana, la sorpresa e irritación de Trujillo, sus varios proyectos para contrarrestar la situación creada, constituyen valiosas páginas, muy poco conocidas. Pero hay que decir, además, que el testimonio y el análisis de Sánchez Bella se mantienen a lo largo de este volumen que se convierte, a trechos, en un dúo de voces. La más templada la del embajador Lojendio y la de tono más alto e inspiración más caudalosa la de Sánchez Bella.

El hecho de poner de relieve esta temática en la correspondencia diplomática española sobre la revolución castrista, se debe, insistimos, a unas particulares preocupaciones del régimen de Franco que no compartían por igual otros gobiernos o los medios de opinión. Ello hace que hoy este sector informativo de la diplomacia española tenga particular atractivo, por iluminar aspectos de la revolución pasados a la ligera por los historiadores, u olvidados por los que se han ocupado de ella desde plataformas ideológicas. En cualquier caso cabe decir que

todos los acontecimientos importantes de la época y los rasgos de la revolución se reflejan en los despachos e informes de la embajada española en La Habana. Para apreciarlos bastaría efectuar un muestreo de los mismos, al que tenemos que resistirnos ahora. En cambio me ocuparé tan sólo del incidente Lojendio, con el que el libro concluye, y cuya síntesis hicimos al comienzo de estas palabras.

El incidente Lojendio podía haber originado una grave crisis en las relaciones hispano-cubanas, haber incluso afectado las relaciones internacionales de Cuba, pero después del alboroto de los medios informativos, el silencio se hizo en torno del caso y ni Cuba ni España lo removieron. Durante los próximos quince años las representaciones diplomáticas de los dos países entre sí descendieron a nivel de encargados de negocios, situación en la que, por cierto, se encuentra hoy la representación española en La Habana, desde que Cuba retiró el *placet* que había concedido al último embajador propuesto por España. El descenso de nivel formal de la representación entre 1960 y 1975 no alteró, sin embargo, las transacciones y acuerdos en materia económica, ni las posiciones políticas que ya se habían ido fijando a lo largo de 1959. España, de manera notable, se negó al bloqueo de comunicaciones internacionales con Cuba, y la compañía Iberia sería, durante años la única del mundo occidental que viajaba a Cuba.

Los historiadores tampoco prestaron demasiada atención al asunto, de manera que las versiones sobre el mismo difieren en algunos datos, que la obra de Manuel de Paz Sánchez corrige. Su relato es, indudablemente, el más fiable. Y, sin embargo, es un relato que nos parece que peca de sobrio. El incidente Lojendio constituyó un gesto diplomático y político excepcional. Por primera y, tal vez, única vez, alguien interrumpía públicamente un discurso del jefe de la revolución y le pedía explicaciones. El que eso hacía era el embajador de otro Estado y, precisamente, de un país de tan notorio arraigo en Cuba como España. Me han dicho, y no sé si será cierto, que en Miami se conserva el video de la escena en los estudios de televisión como una reliquia.

Uno de los periodistas españoles que Manuel de Paz Sánchez trae a colación, Pedro Gómez Aparicio, comentaba en aquellos días que si el presidente Urrutia hubiera hecho algo parecido, cuando Fidel Castro hablaba al pueblo sobre los errores que estaba cometiendo, posiblemente ello hubiera alterado el curso de los acontecimientos. El propio Fidel Castro pese a su arrogancia, es personaje muy reflexivo, y la escena tuvo que impresionarle: ¿cómo la interpretó? ¿Influyó de alguna manera en su actuación pública posterior? ¿Se ha referido a ella en alguna de sus muchas entrevistas de prensa? Pero lo más extraño es la escasez de documentación oficial española que Manuel de Paz Sánchez ha podido manejar: ¿por qué actuó Lojendio como lo hizo? La explicación que dió en su nota informativa, antes de salir de Cuba, es bastante somera.

El embajador Lojendio llegó a Madrid el veintitres de enero de mil novecientos sesenta y, desde el aeropuerto, fue a entrevistarse con el ministro Castiella. La entrevista duró una hora: ¿No se conservó minuta de esta conversación? El día veintiseis, el embajador Lojendio fue recibido por el Jefe del Estado Español, el general Franco: ¿Tampoco ha quedado ninguna memoria escrita de esta audiencia? ¿No se enviaron instrucciones específicas, después del incidente, al diplomático español que se hizo cargo de la representación como encargado de negocios?

¿No informó dicho diplomático de las reacciones de las autoridades cubanas después de la salida del embajador? ¿No opinaron sobre este incidente otros embajadores españoles que seguían tan de cerca las relaciones hispano-cubanas, como el embajador Sánchez Bella?

Un hecho tan llamativo en la historia diplomática de España se hunde así, posiblemente, en lo que podría presumirse se trata del secreto diplomático. La legislación española es de las más generosas en cuanto a imponer el plazo más breve para la consulta de documentos oficiales: veinticinco años. Pero esta norma no rige para los documentos clasificados y para muchos, el plazo no es el único requisito, sino también una autorización expresa.

Estoy haciendo esta especulación sin carácter crítico, sino puramente de orden intelectual. Posiblemente, lo cierto es que no quedó documentación formal diplomática en torno al incidente. En cualquier caso, encadenamos así el final de esta presentación con el comienzo. Nos referimos, al principio, a la deformación que los medios masivos de comunicación produjeron sobre la imagen emergente de la revolución cubana. Ahora, al final, tenemos que señalar otra crisis en que la historia -la memoria transmitida- de la vida internacional se encuentra hoy, cuando la devaluación de los medios formales de la comunicación diplomática se extiende devastadoramente: El despacho oral y el teléfono a penas dejan huellas materiales, el telex es de difícil archivo y el control de los medios informáticos no ha reemplazado definitivamente al trabajo de los archivos clásicos. En la obra que comentamos, la conclusión queda agrandada en el dramatismo de un cierto silencio.

Sólo me resta agradecer al autor su elección de una fuente informativa tan poco conocida y de tanto interés como la correspondencia diplomática. La clara exposición no sólo no perturba la lectura sino que contribuye a mantener el interés. Con sabiduría nos ha acercado a temas tan graves de la historiografía contemporánea como los que he señalado.

Antonio SERRANO DE HARO.

ELORZA, Antonio y HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *La Guerra de Cuba, 1895-1898, Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, 494 págs.

El centenario de 1898 ha sido pretexto para un amplio proyecto editorial donde, con mayor o menor fortuna, se han analizado los acontecimientos en torno a la guerra de Cuba, la intervención de los Estados Unidos y la pérdida para España —finalmente— de los restos de su imperio colonial. Entre las últimas publicaciones destaca *La Guerra de Cuba. (1895-1898)* de Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica, libro que, según sus propios autores, tiene por objeto “la trayectoria política del conflicto, desde la perspectiva de los tres protagonistas: Cuba, España y los Estados Unidos”. A pesar de esta afirmación, en realidad, el análisis sobrepasa este marco para comenzar a buscar la historia no sólo política, sino también

R. I., 1998, n.º 214

económica y social de la colonia antillana desde los inicios del siglo XIX en busca de los elementos que, paso a paso, nos llevarán al “drama” finisecular.

El libro cuenta con una introducción y cuatro partes. En la introducción Elorza y Hernández sitúan el “desastre” no en el 98 —consecuencia y final— sino en la decadencia de España —ya abiertamente manifiesta en esos años— y su imposibilidad para entrar en el nuevo siglo como una potencia colonial moderna. Hipótesis que se va corroborando en la primera y segunda partes: “Los antecedentes de una secesión” y “Hacia la guerra inevitable”.

En apretada síntesis, a través de nueve capítulos, el lector puede conocer los mecanismos de poder utilizados por España a fin de mejorar la explotación de su colonia ultramarina. Dichos mecanismos estuvieron asentados en las facultades omnímodas del Capitán General y unas leyes especiales que nunca llegaron a promulgarse. Si bien esta forma de gobernar restringía la acción de los insulares, les garantizaba a los sectores de mayor poder económico no sólo el control de la fuerza laboral —esclavos africanos— sino también la tranquilidad de que Cuba no sería un segundo Haití. De ahí el equilibrio de poder establecido, equilibrio que no puede evitar y se rompe con lo que los autores definen como “el despertar de la conciencia nacional” a partir del surgimiento de otras opciones políticas: Reformismo, Anexionismo e Independentismo. Fracasadas las dos primeras, los partidarios de la independencia protagonizan una larga guerra —diez años— que terminó con la derrota de los separatistas y la apertura de un espacio —restringido— para la expresión política. Los partidos políticos surgidos entonces, Unión Constitucional y Partido Liberal Autonomista, desarrollaron su actividad en la Isla en un ambiente de crisis económica y social —con sus altos y bajos— y una fuerte corrupción político-administrativa apoyada en el poder militar y el privilegio económico, compartiendo espacio, además, con la opción independentista; la acción de estos últimos, sobre todo desde la emigración, alcanzó su puesto álgido con la creación del Partido Revolucionario Cubano por José Martí, en abril de 1892, y la preparación de “la guerra necesaria” que estalló en la Isla el 24 de febrero de 1895.

Vistos lo que pudiéramos definir como los antecedentes, se llega a la tercera parte —y central— : “Cuba frente a España”, en donde analizan la nueva guerra y sus repercusiones, tanto en Cuba como en la Metrópoli. Los temas son amplios y variados: El inicio de la contienda en el “Grito de Baire”, las características de ambos ejércitos contendientes, la inferioridad estratégica del Ejército Español ante el apoyo de la población al Ejército Libertador. La guerra de desgaste impuesta por los jefes cubanos para compensar su inferioridad numérica y logística frente a la táctica, primero de Martínez Campos: defensa de ciudades, poblados y líneas militares, y la guerra de devastación llevada a cabo por Valeriano Weyler.

Junto a los protagonistas en los campos de batalla, podemos ver así mismo lo que, parafraseando a García Márquez, sería “la crónica de una muerte anunciada” en tres planos paralelos: la intransigencia y ceguera de Cánovas, apoyada por los militares y el sentido patriótico del “honor nacional”: el león hispano frente a los cerdos yankees, pasando por los negros de Cuba; frente a las maquinaciones de los Estados Unidos que ya habían decidido apoderarse de la Isla y solo esperaban el momento propicio, que inexorablemente se fue acercando merced a los propios

pretextos que la torpe política española le proporcionó; y la pasividad del resto de las potencias europeas ante el tema de la intervención. Todo lo anterior unido a los reflejos del conflicto en la opinión pública de la Península y los Estados Unidos, que en uno u otro caso pasan también a ser actores directos.

En la cuarta parte —"La intervención"— entramos en el acto final del conflicto. Los intentos de España por cortar la ya inminente intervención norteamericana, a nivel diplomático, el ensayo de la autonomía en la Isla, y la intervención de los Estados Unidos en la guerra son los apartados que integran este cuerpo. El análisis de las fuerzas con que contaban los ejércitos español y estadounidense, da paso al estudio de la guerra hispano-norteamericana, a mi juicio, hispano-cubano-norteamericana, pues los cubanos siguieron siendo actores, aún cuando tratara de relegárseles. Una guerra, en fin, *sui generis*, que duró tan solo cuatro meses, con más acciones políticas que bélicas. El 18 de abril la Resolución Conjunta, el 21 la declaración de guerra de los Estados Unidos a España, el 22 el bloqueo naval norteamericano a la Isla. El 13 de junio el desembarco estadounidense en Guantánamo. Las batallas de el Carey y San Juan el 1º de julio. El 3, la batalla naval de Santiago y la destrucción de la escuadra del Almirante Cervera; el 16 la rendición de Santiago de Cuba y el cese de las hostilidades el 12 de Agosto de 1898, en contra —sea dicho— de los sectores militares españoles más intransigentes, que aún pensaban que podían ganar la contienda. Terminada la guerra los combatientes del Ejército Libertador fueron excluidos de las conversaciones de paz, celebradas en París entre el 1 y el 10 de diciembre, y en virtud de las cuales los norteamericanos se apoderaron de los restos del imperio colonial español.

Para los entendidos quizás la obra de Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica se resiente de la ausencia de un apartado crítico, pero los autores conscientemente sacrificaron este aspecto en aras de alcanzar una mayor coherencia y agilidad en el discurso expositivo, aspectos que logran y hacen finalmente de la *Guerra de Cuba* una obra de imprescindible consulta para entender los por qué del 98.

Imilcy BALBOA NAVARRO

Instituto de Historia de Cuba-Universidad Jaime I

FORNELL, José M^a: *José de Anchieta primer mariólogo jesuita*. Texto latino de sus poemas mariológicos. Traducción, introducción y notas de José M^a Fornell, Biblioteca teológica Granadina, Facultad de Teología, Granada, 1997, 565 págs.

Es, sin duda, José de Anchieta uno de los personajes más completo, ilustrado y polifacético de los muchos que pasaron de España al Nuevo Mundo. Admira y sorprende la actividad y obra que llevó a cabo, sus muchos saberes y las numerosas obras que nos legó, escritas en español, portugués y guaraní. Misionero, teólogo, poeta, gobernante, artesano, lingüista, músico, etnólogo, místico, austero.

De lo mucho que nos legó, quizás lo menos conocido por los historiadores y lectores sea su excelente obra poética, especialmente la dedicada a la Virgen Ma-

ría. El tratado poema *De Beata Virgine María* lo compuso en 1563, cuando estaba cautivo de los caníbales Tamoyos y en peligro inminente de ser devorado, y lo redactó un año después. Lo componen cerca de seis mil versos latinos —hexámetros y pentámetros— dentro del más puro estilo clásico. Son versos tersos, tiernos, que fluyen como agua del manantial, sencillos a la vez que perfectos, llenos de lirismo, los cuales encierran todo un completo tratado teológico sobre la Virgen María: infancia, concepción, presentación, encarnación, vida con Jesús, tránsito y glorificación. Escribió Anchieta otras poesías, también en latín, en honor de la Virgen María: las odas a la Inmaculada, concepción, purificación, las tristezas y los gozos en el templo, y un ritmo medieval sobre la Asunción.

De toda esta obra poética, José María Fornell, de la Facultad de Teología de Granada, realiza una excelente edición y correcta traducción al español en el presente libro, junto con una introducción temática, soporte necesario para entender la obra poética de Anchieta, y abundantes notas.

Jesús María GARCÍA AÑOVEROS

GONZALBO AIZPURU, Philar (coord.) y OSSENBACH, Gabriela (Colab.), *Educación rural e indígena en Iberoamérica*, México/Madrid, El Colegio de México/Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996, ISBN 968-12-0678-9.

Esta obra es el producto de un Simposio celebrado en 1993 en Uppsala y Estocolmo (Suecia), en el marco del 48º *Congreso Internacional de Americanistas*. El libro recoge 16 colaboraciones sobre la educación rural e indígena en siete países iberoamericanos (México, Panamá, Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia y Brasil). En ellas se aborda el tema de la educación indígena desde una perspectiva fundamentalmente histórica. Aunque la cuestión de la educación indígena es de gran actualidad, son pocos los trabajos que, como este, intentan explicar desde el análisis del pasado cómo se han planteado las contradicciones entre los principios de igualdad y diversidad que subyacen siempre en el tratamiento del tema de la educación indígena.

La obra se refiere exclusivamente a la educación rural del indígena, sin entrar en otras iniciativas o políticas educativas dirigidas al campesinado no indígena en Iberoamérica. La mayoría de los trabajos incluidos en el libro abordan el tema a partir de la época de la Independencia, es decir, cuando se inicia el proceso de creación de los nuevos Estados y cuando se proclama una idea de nación y de ciudadano a la cual formalmente debía integrarse el indígena. Desde la idea de la igualdad del indígena —que implicaba su aculturación y castellanización—, hasta el reconocimiento y respeto de sus peculiaridades culturales —principio que subyace a la educación bilingüe e intercultural—, los textos recogidos en este libro analizan un hecho ciertamente complejo, lleno de contradicciones y paradojas, mostrando diversas experiencias y respuestas que se han dado a esta cuestión en diferentes lugares y periodos.

R. I., 1998, n.º 214

Las colaboraciones se agrupan en tres grandes bloques temáticos: “Antecedentes históricos”, que incluye cuatro trabajos que abarcan desde la época colonial hasta principios del siglo XX; “Las políticas educativas y los proyectos de educación indígena” y “Las iniciativas indígenas, la acción gubernamental y un tercero en discordia: la educación religiosa”. Los dos últimos bloques incluyen trabajos referidos al siglo XX, desde la Revolución Mexicana hasta la actualidad. Por una parte, se recogen las políticas educativas de ámbito más general referidas a la educación rural indígena, mientras que el último grupo se refiere a experiencias más concretas o a iniciativas de educación dirigidas a poblaciones indígenas fronterizas o minoritarias.

El libro se introduce con una breve presentación de Gabriela Ossensbach, quien ha colaborado en la edición de la obra, así como con un texto introductorio de la coordinadora del libro, Pilar Gonzalbo.

José Luis VILLALAÍN
UNED

JIMENEZ HERNANDEZ, Saturnino. *I. El padre de Santa Rosa de Lima es español. II. Biografía de la Santa Limeña*, Gráficas Dehon, Torrejón de Ardoz (Madrid), 1996, 185 págs.

Frente a la tesis tradicional americana, que sostiene que el padre de la Santa Rosa de Lima, D Gaspar Flores, nació en Puerto Rico de padres españoles en la villa de Montemayor de Salamanca, hoy Baños de Montemayor en la provincia de Cáceres.

Se apoya el autor en unos documentos inéditos, encontrados en el Archivo General de Indias de Sevilla, que tratan de unas probanzas legales de Gaspar Flores de 1562, y en una publicación de Juan Muñoz García, en la que trata de demostrar que Gaspar Flores nació en Baños en 1525. Cita unos manuscritos, en unos de los cuales, acta notarial de 1673, se dice expresamente “que Gaspar Flores, natural de Baños, pasó a Indias muchos años há, como de información consta”. Indudablemente nos encontramos ante una documentación razonable frente a la tradicional, que se fundamenta en un importante documento, la partida de matrimonio de Gaspar Flores con doña María de Oliva en Lima en 1577, en la que expresamente se dice había nacido en Puerto Rico.

Jesús María GARCÍA AÑOVEROS

MARTINEZ FERRER, Luis: *Directorio para Confesores y Penitentes. La pastoral de penitencia en el Tercer Concilio Mexicano (1585)*. Ediciones Eunat, Pamplona, 1996, 199 pp.

En los últimos años han ido apareciendo valiosos trabajos monográficos, dedicados a temas, instituciones y otras materias sobre las que teníamos únicamente

R. I., 1998, n.º 214

referencias generales que, en el mejor de los casos, merecían una escueta referencia bibliográfica. Ese enorme vacío, poco a poco, se está llenando, en lo referente a la Historia de América, con investigaciones y aportaciones como la que nos ofrece el doctor Luis Martínez Ferrer en el libro que comentamos.

Teniendo como eje de la investigación el *Directorio para Confesores y Penitentes*, que fue ordenado por el Concilio III de Méjico de 1585, el autor hace un concienzudo estudio de los antecedentes teológicos y pastorales del Directorio y de las circunstancias que lo originaron. En este sentido, la investigación llevada a cabo es correcta y minuciosa, pues coloca al Directorio dentro de un marco eclesial y religioso que le dan todo su valor y sentido.

Hubiera sido de desear que, junto al trabajo investigador, se hubiera añadido la edición crítica de los diversos manuscritos que existe de dicho Directorio o, al menos, la publicación de uno de ellos, ya que es elemento imprescindible para su recta valoración y comprensión por parte de teólogo o historiador. Es de esperar que el autor subsane lo antes posible esta laguna.

Jesús María GARCÍA AÑOVEROS

MUJICA PINILLA, Ramón. *Angeles apócrifos en la América virreinal*. Prólogo de Mercedes López Baralt. 2da. ed. Lima & México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996. 376 p. + 32 láms. ISBN 9972-663-04-3.

El culto a los ángeles en el mundo hispánico tuvo un trasfondo político y sirvió para fundamentar, entre otras cosas, la conquista espiritual de Nuevo Mundo. Tal como lo plantea correctamente este libro de Ramón Mújica Pinilla, la cuestión iconográfica de los ángeles rebasa el terreno propio de la historia del arte para incidir en materias conexas como la exegética y la patrística, la filosofía neoplatónica, la magia renacentista, la teología de la Contrarreforma y aun la etnología contemporánea. Una de las preguntas centrales del trabajo de investigación de Mújica consiste en explicar los nombres de ángeles apócrifos que aparecen en la pintura virreinal peruana, especialmente de los siglos XVII y XVIII. A través de la documentación aquí reunida y examinada se comprueba, en el fondo, que ese culto a los ángeles provenía de corrientes mesiánicas judías de origen precristiano.

Durante los siglos del Virreinato se practicaba un culto individualizado a los ángeles, que eran evocados por sus nombres propios e identificados con emblemas y símbolos específicos. La invocación de los nombres angélicos formaba parte de una compleja teoría astrológica que funcionaba a la manera de una psicología práctica; era un ámbito intermedio entre el orden psíquico y el divino. De hecho, la Iglesia católica tridentina desarrolló una angelología particular, ortodoxa, pero absorbiendo y reinterpretando los aspectos místicos de sistemas de creencias paralelos, de muy antiguo origen.

Mújica observa que aún no se ha considerado suficientemente la influencia que ejerció la obra del beato Amadeo de Portugal, franciscano de la segunda mi-

R. I., 1998, n.º 214

tad del siglo XV, quien en el *Apocalipsis nova* (texto difundido a partir de 1502) expresa las revelaciones divinas que alcanzó a través de su contacto con el arcángel San Gabriel. En el amplio marco del virreinato peruano, las revelaciones del beato Amadeo fueron divulgadas mediante la tarea evangelizadora del jesuita Antonio Ruiz de Montoya, quien extendió el culto a los siete ángeles en su catequesis de las reducciones del Paraguay. De manera complementaria, más intelectual, también ayudaron a la difusión del programa escatológico amadeísta el franciscano chileno Alfonso Briceño, autor de *Controversias sobre el primero de las Sentencias* (1638), y el P. Pedro Alva y Astorga, custodios de la provincia franciscana de los Doce Apóstoles, campeón del pensamiento mariológico en las Indias y autor de la *Bibliotheca Virginalis Mariae* (1648).

Posteriormente, será fundamental la contribución teológica del jesuita murciano Andrés Serrano, el cual escribió un libro en dos versiones sobre el culto a los ángeles. Se trata de *Feliz memoria de los siete príncipes de los asistentes al trono de Dios* (1699) y de la más amplia edición llamada *Los siete príncipes de los ángeles, validos del rey del Cielo* (1707). Aquí se consagraba la identidad de estas figuras de culto, con sus respectivas atribuciones divinas: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Sealtiel, Jehudiel y Barachiel. La obra del P. Serrano pretendía mostrar la interdependencia entre religión, política y moral en el mundo hispánico, asignando a los monarcas de la casa de Habsburgo el carácter de portavoces de los ángeles y, por lo tanto, mensajeros de Dios.

El libro de Andrés Serrano ofrece una síntesis completa de los valores teológicos y políticos que terminaron incorporándose al culto angélico amadeísta y pone de manifiesto la vinculación entre la Contrarreforma, los ángeles de la Conquista y las misiones jesuitas en el Nuevo Mundo. Cuatro aspectos principales de aquella obra son analizados en detalle por Mújica, en sendos capítulos de su estudio: (1) el asunto de las fuentes apócrifas y la oficialización de los nombres angélicos; (2) la angelología política de la Contrarreforma; (3) la astrología mística y el papel de los jesuitas en el culto angélico; y (4) el "amor seráfico del hombre de luz", o sea, las virtudes de iluminación y hermosura que se adquieren por medio de la contemplación divina.

¿Dónde queda, a todo esto, el curioso problema de los ángeles arcabuceros? Como es sabido, en diversos lugares del área andina se pintaron series de ángeles guerreros, portadores de arcabuces, lanzas, espadas, trompetas, tambores y banderas, en lo que constituye una iconografía peculiar de esta región. Debe considerarse, empero, que ya desde el Antiguo Testamento era común emplear un tono militar para describir a las huestes angélicas de Yahvé, como "escuadrones" dispuestos a dar batalla. En parte, la presencia del ángel arcabucero fue la respuesta estatal y catequizadora frente al apu Illapa de las comunidades andinas; vale decir, el arcabuz de los mensajeros de Dios retaba a las fuerzas del relámpago y el trueno. Para los misioneros católicos, tales personajes ataviados en son de guerra prefiguraban la llegada del reino milenar de Cristo mencionado en el Apocalipsis.

Los ángeles eran tenidos como guardianes o custodios de la monarquía hispánica: por esto vestían a modo de soldados de la guardia real o, en su caso, virreinal. Además, según la postulación del P. Serrano, las imágenes plásticas de los ángeles servían no solo para mover la voluntad hacia Dios, sino también para inspirar un temor divino. Los nombres angélicos conocidos en el Nuevo Mundo

provenían de antiguas fuentes hebreas utilizadas por los padres de la Iglesia, así como de tradiciones etíopes, islámicas y herméticas. En definitiva, apunta Mújica, “la angelología virreinal fue, por sí misma, un renacimiento del pensamiento hebreo más arcaico” (310).

Aún queda por investigar en profundidad el tema de la adaptación de la angelología europea a la cosmología andina tradicional. Por de pronto, Tom Zuide-ma ha advertido que en Ayacucho los indígenas asimilan a los *wamanis* (espíritus de la montaña) con “demonios” o ángeles caídos del Cielo y les atribuyen el poder de dominar la naturaleza circundante. Ya en el siglo XVII la relación entre *wamanis*, huacas y demonios fue directamente establecida por los doctrineros y extirpadores de idolatrías: por ejemplo, Fernando de Avendaño expresaba que los ángeles caídos habían sido los fundadores de la (para él equivocada) religión incaica.

Todo vino a cambiar bajo el influjo de la Ilustración, sin embargo, cuando los reyes Borbones, actuando en nombre de la ciencia, el progreso y la razón, declararon su enemistad al escolasticismo y, por ende, a todas las corrientes místicas que venían arrastrando desde la Antigüedad, inclusive el culto a los ángeles. Al expulsar Carlos III a los jesuitas de sus dominios y promover el despotismo ilustrado en la América española, se suprimieron los modelos políticos de la vieja dinastía, y con ello todo discurso angélico. Es evidente que el nuevo racionalismo y empirismo de origen francés eran “difícilmente accesibles a las realidades antológicas del espíritu” (p. 303).

La investigación de Ramón Mújica Pinilla representa un provechoso diálogo interdisciplinario, en el cual la historia, la antropología, la teología y la iconografía se dan la mano para rescatar el universo cultural del Virreinato en toda su fecunda complejidad (según lo advierte en el prólogo Mercedes López Baralt). Siendo ésta una pieza de maciza erudición y puntillosa recolección de datos, saltan lamentablemente a la vista ciertos errores en nombres de personajes tanto latinos como itálicos, y la bibliografía —que parece no haber sido confeccionada por el propio autor— se encuentra mal ordenada y plagada de equivocaciones. Son unos detalles menores, aptos de corrección, que para nada desmerecen las cualidades esenciales de esta obra innovadora, señera, cargada de preguntas certeras y pistas luminosas.

Teodoro HAMPE MARTÍNEZ
(Pontificia Universidad Católica del Perú)

SEVILLA SOLER, Rosario: *La Guerra de Cuba y la memoria colectiva. La Crisis del 98 en la prensa sevillana*. Sevilla, Colección Difusión y Estudio. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC, 1996, 176 págs.

Con la conmemoración del centenario de 1898, comienzan a proliferar publicaciones de todo tipo, que hacen referencia a fecha tan destacada de la historiografía española. Desde aquellas, puramente periodísticas u oportunistas aprovechando el tirón comercial de la celebración del centenario, a otras, que nos llegan desde los ámbitos científicos y universitarios, intentando poner en claro lo que fecha

R. I., 1998, n.º 214

tan conocida por todos, significa en la historia de España. Desde luego, algo más que la pérdida de las últimas colonias de ultramar, y la denominación de una generación de escritores que tanta huella han dejado en la cultura de este país.

Perteneciente a este segundo grupo de estudios científicos se encuentra el libro de la Dra. Rosario Sevilla, investigadora en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del C.S.I.C., quién nos presenta la crisis del 98 desde la perspectiva de la prensa sevillana, que tan bien conoce, por éste y otros trabajos de investigación. La Dra. Sevilla sustenta sus tesis en cómo un hecho que nunca tuvo ni la trascendencia histórica, ni política, ni siquiera económica que supuso la pérdida de las otras colonias, en cambio penetra de tal forma en la conciencia popular y se vive tan día a día por todas las capas sociales del país, hasta el punto de llegar a ser el detonante que marque la decadencia española. Una decadencia que —como todos conocemos— no da comienzo en 1898, sino que se viene arrastrando desde el periodo contrarreformista, aunque no sea reconocida y se extienda en toda la sociedad hasta la pérdida en las últimas colonias de ultramar, que significaban popularmente la liquidación definitiva del antiguo imperio español, a la vez que agudizaban el pesimismo del honor perdido.

Para la autora, la guerra hispano-cubana-norteamericana produce un gran impacto en la sociedad española desde tres puntos de vista: 1º el de la liquidación colonial, que supone el fin de España como potencia en el concierto internacional. “Mientras que la independencia de las colonias continentales fue resultado de una guerra civil, Cuba fue arrancada a España por la derrota a manos de una potencia extranjera a la que la prensa había enseñado a despreciar, y llevó aparejada, la destrucción de cualquier vestigio que pudiera quedar al país”. 2º Como es natural, esto supuso una decepción colectiva para un pueblo que sentía había perdido “el honor”, además, de vidas humanas y recursos económicos. 3º Esa pérdida de vidas humanas afectó a una población joven, que todos los españoles vieron morir inútilmente, sobre todo las clases más populares que no tenían recursos económicos para escapar al reclutamiento forzoso. Por ello, como bien expresa la Dra. Sevilla, el “pueblo vivió la guerra en sus propias carnes”, y de una forma u otra, y por distintos motivos, todas las familias se vieron envueltas en este suceso histórico.

Suceso histórico en el que la prensa tuvo un papel esencial de agitación de las masas populares, en algunos casos llegando a la soflama patrioter, que tanto daño hizo al no revelar la verdadera situación que se estaba produciendo en ultramar. Una prensa engañosa y sensacionalista en muchos casos, tanto la nacional como la norteamericana, y otros, algo más realista y comedida, según la ideología política del periódico y los intereses que lo sustentaban. La autora, aunque a veces nos remite a otros periódicos nacionales y a los norteamericanos del magnate de la prensa Willian Hearst, apoya su estudio en la prensa sevillana, concretamente en cuatro diarios: *El Noticiero Sevillano*, *El Porvenir*, *El Progreso* y *El Baluarte*. Que nos ofrecen las distintas tendencias de la prensa sevillana, —al igual que la del resto del país—, los dos primeros, los de mayor tirada y que pueden considerarse los más objetivos, aunque con reticencias; *El Progreso*, órgano del partido liberal —en el poder en el momento de la liquidación colonial—; y el último, un diario republicano, que es el que más pierde la perspectiva real de los acontecimientos al defender o atacar, la labor del gobierno.

R. I., 1998, n.º 214

El libro se encuentra dividido en cinco capítulos. En el primero de ellos, la autora nos sumerge en el conflicto colonial, refrescándonos un poco la memoria histórica ante la situación cubana y su lucha por alcanzar la autonomía. El segundo —tal vez uno de los más interesantes— versa sobre la intervención norteamericana en el conflicto, y la reacción de la prensa ante dicha intervención. La Dra. Sevilla sigue en este capítulo las teorías básicas de un libro hoy ya clásico: *La guerra hispano-cubana-americana y el nacionalismo del imperialismo norteamericano: 1895-1902* de Philip Forner, quién afirma —entre otras ideas— que esta guerra era necesaria para proteger los intereses comerciales norteamericanos en Cuba, en un momento en que los Estados Unidos toma conciencia de su poder como potencia, y la necesidad de encontrar otros mercados comerciales en los que extender su influencia de poder, más allá de sus fronteras, y no por razones humanitarias, como en un principio explicaron a la prensa los políticos norteamericanos. En definitiva, una guerra de expansión comercial en búsqueda de nuevos mercados, que significó el comienzo del imperialismo norteamericano, que se desarrollará a lo largo de todo el S. XX. Ante la entrada en el conflicto bélico de los Estados Unidos, la prensa sevillana se muestra cauta y es partidaria de evitar en lo posible el enfrentamiento con los norteamericanos, siempre que el pueblo español no se sintiera humillado por sus provocaciones. Y la oportunidad se la brindó a los Estados Unidos el hundimiento del crucero Maine, atribuido a un atentado español, que hizo inevitable la intervención militar en el conflicto.

Otro de los capítulos de mayor interés del libro es el tercero, que la autora titula: la guerra hispano-cubana-norteamericana, en el que nos refiere cómo la prensa española tardó bastante tiempo en darse cuenta de las maniobras reales de los norteamericanos, no siendo consciente de que el verdadero propósito no era la independencia de Cuba, sino la ocupación. Esa inconsciencia de la prensa española —y más concretamente de la sevillana analizada en el libro— llegó al extremo de despreciar al enemigo, de insultar a los norteamericanos, y de hacer creer a los lectores en una clara victoria del ejército español. “Las alabanzas al ejército español y los ataques e insultos al norteamericano fueron tales que, (...) al sobrevenir la derrota se llegó a decir, repetidamente, que gran parte de la culpa del desastre la había tenido la prensa, que con sus soflamas patrioterías había hecho creer al pueblo en una posible victoria contra los norteamericanos para lanzarlo a la guerra”. La victoria se convirtió en derrota, y la prensa no fue la única culpable, ya que sólo había ofrecido a la opinión pública lo que ésta quería leer, y en realidad todo el país en un grado u en otro, era culpable.. Ya solo quedaba luchar por la paz, —como nos explica el cuarto capítulo— y la paz suponía aceptar las condiciones que imponían los Estados Unidos: el abandono de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y las Marianas, además del pago, por parte de España, de una indemnización de guerra. Las quejas se leyeron rápidamente en la prensa que se expresaba en estos términos: “situación humillante”, “sentimiento de impotencia”, “indignidad”, “despojo” o “liquidación infame”.

Pero pese a todo lo que supuso la situación traumática para el pueblo español, reflejado hasta la saciedad en los artículos de la época, la autora nos propone en el capítulo que cierra el libro, la visión satírica del proceso, a través de un periódico popular sevillano, *El Baluarte*. Las coplas reproducidas en el libro, cierran éste

con una sonrisa que nos despoja de toda visión pesimista, al leer a los periodistas de este diario sevillano poner en solfa a la clase política, a la indefensión de los barcos españoles, la Iglesia, y hasta ridiculizan el patriotismo de la raza hispana.

En conclusión, un excelente libro, que combina la erudición propia de una exhaustiva investigación y conocimiento del tema propuesto, y la amenidad de la lectura, contribuyendo a esclarecer la crisis del 98 español, a través del original estudio de la prensa sevillana de la época.

Julia CEA

SILVA GOTAY, Samuel, *Protestantismo y política en Puerto Rico 1930. Hacia una historia del protestantismo evangélico en Puerto Rico*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico 1997, 375 págs. 21 cms. por 15 cms.

Dentro del proyecto de historia y sociología de la religión, este libro del profesor Silva Gotay, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, es la primera entrega de los cinco volúmenes, que abarcan desde 1898 hasta 1980.

Colaborador de la Historia de la Iglesia en América Latina, dirigida por Enrique Dusell, con quién está ligado desde su estancia en la Universidad Nacional Autónoma de México, su tesis, *El pensamiento cristiano revolucionario en América Latina y en el Caribe*, con cuatro ediciones en español, ha sido traducida a varios idiomas.

En el marco histórico del 98 hay que introducir algo más que el mero cambio de soberanía en Puerto Rico. Había un proyecto político que miraba, como ha indicado hace pocos años, María E. Estades, al control del Atlántico occidental, desde Cuba hasta la desembocadura del Orinoco. Tenía una vertiente defensiva frente a las potencias europeas, que podrían neutralizar el dominio de Estados Unidos en América, negando la doctrina Monroe. El secretario de estado, James Blaine, consideraba a Cuba y Puerto Rico, junto con las islas Haway, tres lugares de “mucho valor”.

Los efectos del regalismo hispano, indicados en el informe del jesuita Thomas Sherman a principios de 1899, fueron entre otros el odio popular a un clero que se consideraba ligado al poder colonial. Retornaron a España muchos sacerdotes que no soportaron la inseguridad económica que traía la separación de la Iglesia y el Estado y la secularización que comportaba respecto al matrimonio, la enseñanza, los cementerios y algunas propiedades eclesíásticas.

Para superar la crisis, la Santa Sede pidió información, tomó medidas y negoció durante varios años un arreglo económico. El primer obispo de Puerto Rico, James Hubert Blenk, desbarató el proyecto de Placide Louis Chapelle, el arzobispo de Nueva Orleans, que deseaba americanizar la Iglesia de la Isla. De ese modo el catolicismo se convirtió en su símbolo de resistencia, mientras los misioneros protestantes representaban en los primeros años de la ocupación la asimilación y la anexión. Eran una “secta invasora”, denunciaba “El Heraldo Español” en 1907.

Habiendo vivido el protestantismo norteamericano la expansión hacia el oeste, estaba preparado, según Silva Gotay, para unirse a la empresa política de am-

R. I., 1998, n.º 214

pliar la frontera, cuando el modo de producción capitalista impuso la necesidad de controlar otros territorios para abrir en ellos nuevos mercados. Iba a iniciar Estados Unidos una trayectoria histórica donde civilizar y cristianizar justificarían la expansión económica.

Muchos protestantes norteamericanos vivieron la guerra con España como la llegada del “día del Señor”, que señalaba el final del control español en el Caribe. Los soldados y los marinos de Estados Unidos iban con alimentos y medicinas. “sus banderas van precedidas por la Cruz Roja y serán seguidas por escuelas y biblias”.

Funcionarios y autoridades de la nueva administración apoyaron a los pastores y a las instituciones que crearon. Colaboraron los masones puertorriqueños. Unos y otros propiciaron la existencia de una red escolar pública, que dejaban en inferioridad a los católicos.

Fueron simultáneas la misión evangélica y la acción política de Estados Unidos en la Isla. El sistema implantado en la Isla tras la ocupación y la americanización eran dos condiciones para la existencia misma de las Iglesias. Lo vivieron con tal naturalidad los liberales puertorriqueños y los misioneros que no percibieron su naturaleza imperialista. Modernizar la sociedad para los primeros y regenerar moralmente a la población y convertirla al “verdadero cristianismo” para los segundos implicaba aceptar y secundar a la nueva administración. Las instituciones liberales y sus principios hallaban una eficaz legitimación en el protestantismo.

Según un modelo que habían seguido los misioneros católicos, los evangélicos quisieron poner a los puertorriqueños en condiciones de participar de los beneficios de la civilización cristiana encarnada en las instituciones norteamericanas. Hacerlos norteamericanos —americanos en la fórmula totalizante de los misioneros— era indispensable para introducirlos “en las alegrías y privilegios” de los discípulos de Cristo. El proceso se reforzaría por el carácter militar de la administración. Puerto Rico dependerá de la Secretaría de Guerra hasta 1934. Y por un factor intraeclesial: la unidad entre las diversas denominaciones. El aparato militar asumiendo las funciones políticas, jurídicas y militares, supuso la expulsión de los autonomistas, cuyo poder económico quedó disminuido y seriamente afectado. Militares, políticos y misioneros establecieron una relación entre fe, cultura y lealtad a Estados Unidos.

Estamos ante una obra que acumula y ordena muchos datos para entender los inicios y la implantación del protestantismo en Puerto Rico. Para valorar su significado, Silva Gotay maneja hipótesis y usa instrumentos conceptuales muy valiosos. Construir esas referencias es el paso previo a cualquier historia. Desde esta investigación sobre el protestantismo hay que ir “hacia su historia” esos años. La bibliografía y las referencias documentales permiten avanzar en esa dirección y hacerlo con la seguridad gracias a esta obra. Con su ayuda comprendemos lo que fue el cristianismo evangélico y lo que no pudo ser.

Esta investigación confirma la necesidad de que historiadores y sociólogos trabajen juntos. Creo que su mayor mérito, aunque tiene muchos más, radica en aportar claves de interpretación construídas desde la historia para que la historia que se escribe sepa dar razón de la sociedad.

Cristóbal ROBLES MUÑOZ.

R. I., 1998, n.º 214

TORNERO TINAJERO, Pablo: *Crecimiento Económico y Transformaciones Sociales. Esclavos, Hacendados y Comerciantes en la Cuba Colonial (1760-1840)*. 390 págs. 51 gráficos. Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1996.

La economía de plantación en América —y concretamente en Cuba—, tan ligada al modo de producción esclavista, no es una problemática nueva en la historiografía americanista. Sin embargo, el estudio de Pablo Tornero resulta una novedad en este ámbito, tanto en cuanto al punto de partida, al motivo de esta obra, como a la documentación inédita que utiliza para sostener sus tesis.

Por lo que se refiere al primer punto, el propio autor indica en la introducción que su propósito no es mejorar el conocimiento del siglo XIX cubano en sí mismo —a pesar de la importante aportación que este libro representa en este campo—, sino a través de ese conocimiento de la historia de Cuba, “llegar a entender y comprender cómo se conformó su realidad presente”. Y es que, para él, el desarrollo esclavista del siglo XIX se constituye en elemento fundamental para la posterior conformación del país.

Por lo que se refiere al segundo, el autor ha contado con la ventaja de sus muchos años de estudio e investigación sobre la isla. Sus constantes visitas a archivos cubanos y españoles con ese fin, le han servido para reunir una extraordinaria —en calidad y cantidad— documentación. Parte de esa documentación, que no había sido utilizada hasta ahora por los historiadores, le ha permitido ampliar y profundizar considerablemente el conocimiento del siglo XIX cubano, confirmando, en parte, las hipótesis mantenidas hasta ahora por los estudiosos del territorio —en muchos casos sin el debido aporte documental— y aportando, al mismo tiempo, las novedades sugeridas por aquélla.

La obra está dividida en cinco capítulos que si bien en sí mismos constituyen, cada uno, una investigación de distintos aspectos de la historia socioeconómica cubana, se complementan para dar a la obra el sentido único que el autor pretende al enfrentarse a ella.

El primero de estos capítulos intenta situar al lector frente a la problemática en cuestión, con una síntesis sobre el desarrollo de la trata en función tanto del crecimiento de la economía azucarera como de la evolución en Europa de las ideas sobre la misma, desde la ley del comercio libre de esclavos a las tesis abolicionistas, y la resistencia a éstas por parte de la oligarquía cubana. Y en esa síntesis nos ofrece importantes aportaciones, especialmente por lo que se refiere a las últimas décadas del siglo XVIII.

El segundo capítulo constituye el más serio intento hecho hasta ahora en cuanto al estudio de la evolución demográfica de la población esclava de la isla. En él no sólo se analiza este sector de la población en sí mismo por sexo, edad, estado civil o distribución geográfica sino que, además, no se olvida la conexión con el resto del espectro demográfico. En este sentido, estudia detalladamente su proporción dentro de la población total del territorio y, sobre todo, su contribución al crecimiento demográfico general que experimenta aquel desde el último cuarto del siglo XIII, cuando los esclavos representan el 27% de la población total, a 1817, en que han pasado a ser un 41% de aquel.

R. I., 1998, n.º 214

Los capítulos tres y cuatro están dedicados a la producción azucarera y su evolución, paralela al desarrollo esclavista. Y en ellos se trata tanto la expansión del cultivo en función de la demanda externa como las innovaciones técnicas en el proceso (capítulo III) y los medios y modos de producción (Capítulo IV). La documentación utilizada nos aporta datos interesantes no solo sobre las cifras de producción en distintos lugares de la isla, sino también sobre precios de la tierra o productividad, más ligada, según el autor, a la adecuada proporción entre la extensión del ingenio y el número de esclavos que a este último aspecto. Y se llega, incluso, al análisis de la "rentabilidad" del esclavo, evidente para el autor, a pesar del fuerte desembolso inicial que representa para el hacendado, que invierte en su compra el capital acumulado gracias al comercio tabaquero primero y el generado por la propia economía azucarera más tarde.

Por último, el capítulo quinto está dedicado al comercio exterior, dependiente, cada vez más, de las exportaciones azucareras. Gran conocedor del tema, el autor realiza en este apartado un profundo estudio que no se limita al aspecto cuantitativo, a pesar de los numerosos cuadros gráficos que lo ilustran, sino que hace especial hincapié en su relación con el modo de producción que sustenta ese tráfico y que llevará junto con éste —es decir, gracias a la combinación de causas internas y externas—, a la ausencia de diversificación en la economía cubana y, en definitiva, "al subdesarrollo actual".

Se trata, pues, de un estudio de historia económica, pero entendida ésta en su sentido más amplio. No se olvidan en esta obra las bases sociales en las que se apoya la economía azucarera ni la mutua dependencia de una y otra, que no serían sino distintas facetas de una misma problemática, e imposibles de entender separadamente.

La documentación inédita que aporta y el análisis detallado que se hace de ella hacen de este libro —fácil de leer, por otra parte, a pesar de la aparente aridez de las cifras gracias a la fluidez y naturalidad de su prosa— una obra fundamental para todo aquel que intente acercarse al siglo XIX cubano y, me atrevo a decir, incluso al XX.

Rosario SEVILLA SOLER.

VARON GABAI, Rafael, y FLOREZ ESPINOZA, Javier (editores). *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos & Banco Central de Reserva del Perú, 1997. 813 págs. (*Historia Andina*, 21).

Más de cuarenta especialistas, procedentes de diversas latitudes y canteras académicas, se han congregado en este libro para rendir homenaje a María Rostworowski de Díez Canseco. El macizo volumen tiene su origen en la celebración de los 80 años de la homenajeada, en 1995, y ha salido gracias al esfuerzo editorial de uno de sus mejores discípulos y amigos: Rafael Varón Gabi (contando con la

R. I., 1998, n.º 214

colaboración de Javier Flores Espinoza). Puede decirse que la ilustre autodidacta limeña, hoy reconocida en los centros de estudios más prestigiosos del mundo, personifica en gran medida el curso y los avances logrados por la disciplina de la etnohistoria andina.

La introducción del libro, a cargo de Victoria Gabai, se dedica justamente a trazar el desarrollo de la etnohistoria en el Perú, poniendo de relieve su maduración y consolidación académica durante los años 1970. Esta disciplina ha logrado imponer la difícil combinación de los métodos y perspectivas de la arqueología, la antropología y la historia y ha asegurado, en definitiva, «la incorporación indígena como uno de los protagonistas de la historia peruana» (p. 23). Viene a continuación una larga entrevista personal, donde aparecen chispazos de la exquisita erudición e intuición de la «mujer ilustrada» que es María Rostworowski. Hasta la celebración de su primer matrimonio, ella pasó casi toda su juventud y temprana adultez entre castillos, fincas y colegios exclusivos de Polonia, Francia, Inglaterra y Bélgica. Luego decidió radicarse en su ciudad natal de Lima y se aplicó, con asombrosa y penetrante lucidez, a la investigación de temas políticos, religiosos y sociales del pasado andino.

Los trabajos contenidos en la presente obra están distribuidos en seis secciones, que tratan respectivamente de fuentes y problemas heurísticos, tecnología y recursos naturales, los incas, estudios regionales y locales, mentalidades, y propuestas teóricas y metodológicas. Pues sería demasiado complejo abarcar todo el conjunto de ensayos, me limitaré a comentar aquí aquellos que se refieren directamente a la historia de los incas. Un tema sobre el cual María Rostworowski ha publicado una obra de éxito contundente (*Historia del Tahuantinsuyu*, 1988), cuestionando la dudosa imagen idílica del Incario.

Ramiro Matos Mendieta (Washington, DC) presenta los resultados de una investigación arqueológica en tres establecimientos incaicos de la sierra central, Pumpu, Tarmatambo y Warautambo, que tuvieron el rango de centros administrativos provinciales en Tahuantinsuyu. Pumpu era el más grande de dichos centros, con 79 hectáreas de superficie construida en la puna de Chinchaycocha. Para medir el grado de influencia o dominación incaica en la zona, el autor utiliza indicadores de la cerámica, de los patrones de construcción y de la tecnología agrícola. Es un hecho evidente que los incas tuvieron la serranía de Junín bajo firme control político y militar, pero los datos arqueológicos sugieren, al mismo tiempo, que en la vida doméstica aldeana las tradiciones locales perduraron con más fuerza que la intervención estatal.

John H. Rowe (Berkeley, CA) ofrece una serie de datos sobre las tierras reales de los incas que existían en la ciudad del Cuzco y su contorno, ordenando la información de acuerdo a las propiedades que tocaron sucesivamente a Viracocha, Pachacútec, Túpac Inca, Huayna Cápac, Huáscar, Manco Inca y sus respectivas *panacas* o grupos de parentesco. A su vez, R. Tom Zuidema (Urbana, IL) trata de explicar dos facetas de la administración incaica: la política matrimonial de los reyes y la organización del trabajo de mita en el valle del Cuzco, las cuales entiende como aspectos de un mismo hecho social. Expone con detalle el caso de Yahuar Huácac, monarca del sector Antisuyu, que poseyó tierras en los poblados de Paullu y Huayllacan.

R. I., 1998, n.º 214

Particularmente notable es la contribución de Mariusz S. Ziolkowski (Varsovia), quien interpreta el significado de unos juegos rituales que practicaban los incas y los sacerdotes dedicados al culto del Sol, juegos en los cuales se legitimaba la distribución de las tierras recién incorporadas al imperio y que formalmente se habían conquistado en nombre de la divinidad solar. Apunta al respecto Ziolkowski: «si todo lo conquistado era formalmente del Sol, el inca, aunque hijo suyo, no tenía otro recurso que el de ganarle (es decir, a los sacerdotes que lo representaban) parte del botín para su propio uso, y esto [...] se realizaba mediante el juego del ayllu» (p. 308). Tentativamente cabe sugerir que estos juegos rituales se orientaban a repartir más bien las tierras circunvecinas al Cuzco, mientras que los soberanos quechuas tenían mayor libertad para apropiarse las provincias lejanas o las que se habían rebelado contra su dominio.

Por otra parte, Liliana Regalado de Hurtado (Lima) enfoca las crisis de sucesión en la historia de Tahuantinsuyu bajo un punto de vista político-económico, tomando en cuenta el replanteamiento de las vinculaciones con los grupos étnicos y la redistribución de los excedentes productivos. Su aporte tiende a determinar las características del poder de los Andes, fenómeno que se distingue por la estrecha vinculación entre control de la mano de obra, acopio de excedentes, redistribución y prestigio mágico-religioso. Fijándose en documentación posterior a la conquista española, Jan Szemiński (Jerusalén) observa el caso de unos presuntos *mitimaes* incaicos —especialistas en el arte de la platería— que fueron instalados en Sipcsipe, y de cuyas tierras se reclamaban herederos hacia 1580 unos indios y caciques del Alto Perú.

Los términos de la semiótica visual ayudan a Thérèse Bouysse-Cassagne (París) a componer su ensayo, en el que analiza el simbolismo de los pájaros y las plumas en el Incario; llama para esto a considerar la relativa universalidad de las aves en el mundo andino, pues no se retringían a ningún piso ecológico en particular y sobrepasaban así las diferencias lingüísticas regionales. Los habitantes autóctonos solían asignar a las representaciones de aves una serie de poderes y atributos específicos, en una configuración emblemática que hoy nos resulta a veces difícil de comprender. De acuerdo con la investigadora francesa, «el modelo político del señorío y del jefe estaba calcado de la imagen de un halcón que tenía bajo sus órdenes a cóndores, jefes de importancia menor, y a una escala mayor el Tahuantinsuyu reproducía la misma imagen» (p. 555). En su calidad de signo, el ave —y sus plumas— encarnaba no sólo la esencia del individuo, sino también su especie o grupo social, ayudando de este modo a ordenar la población de Tahuantinsuyu.

Por lo demás, me parece un acierto de los editores el haber reunido la bibliografía de todos los ensayos al final de la obra. De tal manera se ratifica el carácter de «espontáneo balance de la especialidad» que adquiere este volumen de homenaje con respecto a la etnohistoria del mundo andino. Haciendo un recuento de las fuentes secundarias, se observa que los autores con mayor cantidad de referencias son (entre otros) Pierre Duviols, Waldemar Espinoza Soriano, John V. Murra, Franklin Pease G.Y., John Rowe, Richard P. Schaedel, Mariusz S. Ziolkowski, R. Tom Zuidema y, desde luego, la propia María Rostworowski de Díez Canseo.

En la presentación de esta gruesa obra colectiva, la directora del Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Cecilia Blondet, destaca cariñosamente las cualidades

personales e intelectuales de María Rostworowski, una investigadora infatigable, que «ha vencido al tiempo y a la adversidad por su valentía, perseverancia y maravillosa curiosidad» (p. 15). Ella fue la única mujer entre los fundadores del IEP, en 1964, y desde entonces se ha mantenido vinculada a este centro de estudios, donde ha publicado la mayor parte de sus libros. Todos deseamos, por cierto, que su vigoroso y fructífero aliento se prolongue por muchos años más.

Teodoro HAMPE MARTINEZ
(Pontificia Universidad Católica del Perú)

VILAR Mar: *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-1833)*, Murcia, Universidad, 1996, 272 págs.

El peso del castellano en los Estados Unidos desde 1945 hasta hoy es un hecho bien conocido, siquiera sea por la alarma que ha cundido por ello en los medios WASP del gran país norteamericano. Los estudios sobre el fenómeno concreto de la expansión de nuestra lengua desde la última posguerra son ciento. Sin embargo, se conoce menos el origen de esa expansión. Según nos explica el profesor Aquilino Sánchez Pérez en el prólogo al libro de Mar Vilar, cuya elaboración ha dirigido, en la época colonial (la que termina formalmente en 1776), los mandatarios de las Trece Colonias eran reacios a la penetración del castellano porque temían que fuera un arma para otra penetración, la política y anexionista, por parte de España y desde Nueva España. Eran otros tiempos. Entonces la Nueva España estaba por encima, económicamente hablando, de las Trece Colonias, aparte de constituir un potencial demográfico mucho mayor. Las autoridades de las colonias entonces británicas, por eso, propiciaban entonces el estudio del francés y sobre todo del alemán, y esto último hasta el punto de que, cuando se separaron el Reino Unido y los recelos antianexionistas no sólo los suscitaban ya la Nueva España y la España europea sino también el propio Reino Unido, se pensó seriamente en designar el alemán como lengua oficial de la nueva república.

En estas circunstancias, la penetración del castellano en los Estados Unidos sólo fue posible cuando desapareció el temor a una política de anexión. Y esto tan sólo sucedió cuando los propios Estados Unidos se sintieron suficientemente fuertes y superiores a la Nueva España y España, es decir bien entrado el siglo XIX.

Entonces (años veinte del siglo XIX) comenzó a producirse un fenómeno interesante apenas estudiado desde el punto de vista lingüístico, que fue la emigración política. En el caso de los Estados Unidos, fueron dos las corrientes principalmente: la cubana antiespañola y la española liberal. Uno de los efectos de esta presencia de hispanos cultos en el país norteamericano fue la aparición de una prensa redactada en castellano, primero antiespañola y liberal y enseguida realista, cosa que sucedió desde 1823 (bien entendido que mucha de esa prensa no se conserva, o se conservan sólo números sueltos y no es posible señalar el momento en que empezó a publicarse).

R. I., 1998, n.º 214

Este fenómeno, con sus implicaciones lingüísticas, también filológicas (porque alguno de estos exiliados desarrollaron verdaderos estudios filológicos) y educativos (porque el castellano empezó a penetrar en algunas universidades), es lo que estudia Mar Vilar con notoria solvencia. La autora ha hecho un esfuerzo notable para localizar la prensa de que hablamos, así como las obras, de lingüística sobre todo, de esos pioneros de la enseñanza del castellano en los Estados Unidos. Y examina esa producción hemerográfica y bibliográfica con un criterio muy amplio: tanto desde el punto de vista de los contenidos ideológicos y políticos, como desde el biográfico (de las personas que lo impulsaron y elaboraron) y el estrictamente lingüístico. Tampoco olvida el estudio de los aspectos empresariales, ni la contribución de otros grupos de intereses, como los de la Sociedad Bíblica y su política de difusión de la Biblia sin notas (curiosamente, en la traducción del católico padre Scío, que había sido tan importante en el siglo XVIII).

El libro está bien documentado, bien organizado y constituye en suma una aportación novedosa por lo desconocido de la temática.

José Andrés GALLEGO

R. I., 1998, n.º 214